

Tesis Doctoral defendida

Todavía No.

**El proyecto civilizador entre las prácticas sociales y las estrategias de resistencia,
de negociación y de apropiación en la meseta norte chubutense (1900-1970)**

Autora: **Profesora Ana María Troncoso**

Directora: Doctora Lucía Lionetti

Tesis defendida: 30 de setiembre de 2011

Lugar: Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Sustanciada su defensa en Tandil el 30 de setiembre de 2011

La propuesta de la tesis es la de abordar como cuestión nodal los cruces, convergencias y divergencias entre un proyecto civilizador como imperativo cultural propuesto desde el Estado, los discursos y prácticas de los comisionados para efectivizarlo y de quienes eran los destinatarios de esa apuesta civilizadora. La intención ha sido la de reconstruir un entramado en el que se construyeron versiones unas y versionas otras del proceso histórico social que abarca desde el repoblamiento de la meseta norte de Chubut (desde fines del siglo XIX y principios del siglo XX) hasta la década del 70, cuando se produjeron dos cambios importantes: importante emigración y propiedad privada. Dicho entramado, tuvo como uno de sus objetivos principales considerar que la versión unilateral y lineal de una historia del Estado podía ser repensada desde el análisis de las experiencias y acciones de quienes conformaron el estado en el lugar, subjetivando la propuesta y reinterpretándola, y desde quienes se suponía eran pasibles de políticas que

se ejecutarían según aquel diseño. Las perspectivas “otras” del proceso han dejado a la vista apropiaciones resignificadas, negociaciones que sobrepasan la mera relación con el Estado y las resistencias a las imposiciones, en particular, a un orden que trataba de imponerse “desde arriba” en tanto “desde abajo” se forjaba y construía otro orden, otras maneras de imaginar y de pertenecer a la sociedad mesetense.

Utilizamos el término repoblamiento para aludir al proceso de radicación de población (desde fines del siglo XIX) y de ovinización. Todo ello reconfiguró el espacio, apropiado así de una manera diferente al modo anterior, en lo económico, lo social y lo simbólico. El repoblamiento se produjo mediante la instalación de población reubicada de diferentes orígenes étnicos y geográficos, compuesta mayoritariamente de grupos de familias hablantes de lenguas de pueblos originarios provenientes del norte patagónico y la zona pampeana y una corriente importante de pobladores chilenos, que se representaron tal como los representó el Estado velando así los orígenes étnicos. A estos pobladores se sumaron europeos, sirio libaneses, extraterritorios que se presentaron o inscribieron como “criollos” o “argentinos” y, finalmente, hijos de inmigrantes europeos, nacidos en Argentina, cuya característica es la importancia concedida a la genealogía como generadora de derechos.

Esta diversidad es nuestro punto de partida para hacer algunas distinciones entre las diferentes valoraciones y formas de ocupar, habitar, transitar y vivenciar el espacio de los habitantes residentes y de los agentes estatales o foráneos. Estas espacialidades, como historias entrelazadas tornaron más densa y compleja la realidad social y nos permiten, siguiendo a Edward Said, considerar las experiencias discrepantes respecto a la vida social, económica y cultural mesetense.

Las fuentes trabajadas incluyen registros oficiales como informes de inspectores de tierras, libros de escuela, informes institucionales, censos, registros de juzgados de paz, catastrales y cartográficos. Se realizó un importante relevamiento de fuentes orales que fueron interpretadas desde sus posicionamientos argumentales y estratégicos, para reconstruir las versiones unas y otras. Además analizamos fuentes literarias y memorias.

De lo analizado pudimos concluir que en este proceso, en primer lugar, el Estado fue reconocido como dueño y distribuidor de la tierra y que había establecido un diseño de ocupación basado en cuadrículas con un protocolo de reconocimiento al ocupante, en el que los inspectores de tierras jugaron un papel protagónico. Luego, debemos destacar que la tierra fue otorgada en las primeras décadas del siglo XX con Permisos de Ocupación Precaria, es decir, siguieron siendo tierras fiscales y quienes se radicaron –en principio, todos “intrusos”-, tuvieron la categoría de ocupantes y no de propietarios. En tercer lugar, esta población reubicada que ocupó lotes en la meseta provenía de diferentes orígenes y allí el Estado jugó un papel central en las adscripciones étnicas y en la veladura de las pertenencias étnicas. “Indígenas argentinos” e “indígenas chilenos”, tal la comprensión estatal como fruto de la necesidad de inscribir y codificar la población a gobernar, fueron considerados los menos aptos para ser merecedores de un lote, en tanto imaginaba un espacio blanqueado, con políticas de excepción como la Ley del Hogar a efectos de atender a la “cuestión indígena” por la ineludible presencia de grupos que, además, demandaron con el argumento de la “argentinidad”. Así se forjó un modo de establecer relaciones con el Estado fuertemente racializado que generó representaciones tendientes a velar orígenes en unos y a reforzar identidades en otros para argumentar legitimidad sobre la ocupación. En cuarto lugar, esta población reubicada y radicada construyó relaciones particulares de convivencia y de coexistencia, por un lado, por la necesidad de administrar la tierra y el agua sin alambres o a “campo abierto”, debido a la provisionalidad del permiso otorgado; por otro lado, por la coexistencia de pobladores de diferentes pasados que, a su vez, construyeron diversas proyecciones. Y en esto último el proyecto civilizador, como expresión de un orden imaginado por el Estado y como una propuesta cultural que pretendía imponerse a los propósitos de una nación pensada en términos modernos, fue el articulador de las diferencias y las desigualdades. Pero no fue cabalmente reproducido, sino en los términos de un orden local, resignificado en el contexto de las relaciones sociales específicas que se construyeron. Y ello nos ha permitido distinguir, a los fines de una organización expositiva que permita desplegar la complejidad y diversidad cultural resultante, tres modos de contener relaciones sociales: unas más tendientes a la vida

comunitaria y autogestionada dentro de las posibilidades que permitieron estrategias particulares que no confrontaban con el Estado, otras sostenidas con mayor acento en parámetros de otredad, como la diferencia apoyada en la racialización –en gran parte velada por el complejo de las representaciones- y expresada en las diferentes apropiaciones del proyecto civilizador, cuya contraparte fueron aquellas resistencias culturales que apoyaban su reclamo con argumentos legitimados con la pertenencia a “indígenas argentinos” y, finalmente, consideramos la racialización como proveedora de la desigualdad de acceso a los bienes –la tierra- con fuerte acento en la distinción entre población blanca, europea o descendiente de europeos y pobladores descendientes de pueblos originarios.

El repoblamiento tuvo su dinámica: los datos demográficos indican un crecimiento constante de población (y de cabezas de ganado) producto de la continua llegada de pobladores hasta los años 30, aproximadamente, y las familias numerosas. Como resultado, se saturó el espacio, tanto en habitantes como en ganado. Cuando las familias no pudieron expandirse hacia otros lotes a través de los hijos y la cantidad de ovejas se limitó por la cantidad de tierra ocupada se produjo una gran emigración de la población –en especial, jóvenes- que fue coincidente con el momento en que la provincia del Chubut entregó títulos de propiedad, con lo que se abrió el mercado de tierras. Allí quedó a la vista que aquel proyecto de cuadrículas perfectas y repoblamiento ordenado se había entretejido con otra forma, socialmente construida, de ocupar y distribuir los lotes.

Para organizar la exposición de estas historias entrecruzadas y perspectivas diversas interactuando se dispusieron tres secciones.

En la primera trabajamos “**Cartografías y repoblamiento**” de la meseta norte de Chubut. Aquí nos propusimos analizar dos procesos simultáneos, a saber, la elaboración de las cartografías mesetenses y el repoblamiento de la región. En el primer capítulo, se trata la cuestión de la construcción de la cartografía moderna, civilizada y oficial en sus representaciones de la meseta y sus realizaciones a través de cartógrafos, censistas, docentes y otros agentes. Consideramos la cartografía oficial, mediante la lectura de

mapas principalmente. Estas representaciones se entrecruzan en el capítulo 2, donde trabajamos la cartografía social o el espacio que se representa, se vive y se incorpora atendiendo a cuestiones geográficas, históricas, sociales, políticas y culturales, todas integradas, sin omitir el rol protagónico del Estado. Finalmente, en el capítulo 3 de esta sección consideramos los cambios ocurridos en la población en cuanto a la constitución de las familias, la invención de la niñez, la emigración y los cambios demográficos. Aquí la tensión entre la familia nuclear y la extensa, la segmentación de las etapas de la vida, la individualización, la escuela, etc. conforman un conjunto de tensiones culturales que nos permiten reconsiderar al discurso civilizador y sus logros. Mediante los censos se observan las variaciones demográficas vinculadas a la ganadería.

En la segunda sección, a la que hemos titulado **“Representaciones y experiencias desde el proyecto civilizador”** se analizó en un primer capítulo la presencia creciente del Estado y la diversidad de los agentes estatales: maestros, enfermeras, médicos, policías, jueces de paz. Sus biografías y las historias de instituciones amplían notablemente la complejidad de la presencia del Estado que representan y dejan a la vista múltiples y diversas estrategias. El propósito es reconsiderar las representaciones del Estado como una máquina, o dicho de otra manera, observar a los “maquinistas”, que construyeron a su vez espacios institucionales, jerarquías internas, modos relacionales específicos y relatos particulares. En el capítulo 2, abordamos la “espacialidad del desierto” y sus implicancias, propia de agentes estatales y foráneos, desagregando sus componentes y analizando su persistencia. La subjetivación del espacio mediante una idea y una imagen estereotipada ha habilitado relatos de la experiencia que reprodujeron el “desierto” de maneras insistentes, variadas y reiterativas del concepto.

Trabajamos este apartado considerando que los agentes civilizadores, por medio del discurso estatal que encarnaban se presentaban desde una ambivalencia constitutiva: una demanda por la identificación, una exigencia de ser como se debe ser, por un lado y, por otro, la afirmación estereotipada de la imposibilidad de alcanzar a ser como se debe ser, según ese discurso que demandaba y que confinaba a la vez. Allí vemos ofrecidos *dos*

modos de ser. Pero esta complejidad es aun mayor porque los destinatarios de este discurso y de estas prácticas del Estado no han sido pasivos a él. Tampoco han desarrollado formas de resistencias superlativas y organizadas programática y radicalmente, pero sí han activado zonas de agencia. Ese diferimiento y desplazamiento del sentido original del discurso civilizador, posibilitaba zonas de agencia y de resistencia, porque los pobladores tomaron lo que les servía y no cabalmente lo que establecía el discurso estatal.

Y entre los agentes estatales no siempre hubo una convivencia y un acuerdo armonioso en pos de difundir el ideal civilizador y, además, era un grupo que se encontraba estratificado a su interior y que la construcción del poder local provocaba tensiones en las diferenciaciones que creaba. Y a los efectos de esa diferenciación, la civilización no se distribuía ni ofrecía indiscriminadamente, sino todo lo contrario, en formas solapadas, que no hacían más que insistir en la síntesis fanoniana de “tú quédate donde estás”. Esas formas solapadas construyeron con variadas fórmulas las representaciones asociadas al carácter inacabado de la obra civilizadora, en la que *todavía no* se realizaba el cambio.

Pero, por otro lado, resulta relevante desagregar el lugar que ocupó la espacialidad en la experiencia de estos agentes estatales y los comerciantes, como delimitadora y contenedora de las explicaciones y justificaciones de la experiencia de haber transitado y/o habitado la meseta norte, en la que el desierto monopoliza las representaciones y permanece como impronta indeleble desde afuera. Pero también desde el interior de la meseta vacío resultó un concepto válido porque, por un lado, los posicionó como legítimos poseedores que no habían realizado ninguna expropiación, sino que se instalaban en los términos en que el Estado preveía en su discurso: había que poblar. Poblar, además velaba los diferentes orígenes étnicos y también permitía hacia el interior de la sociedad mesetense la construcción de una historia compartida, unos argumentos comunes, una legitimidad que los abarcaba a todos.

Y, finalmente, en la tercera y última sección abordamos las **“Representaciones y experiencias entrecruzadas”**. En su primer capítulo, nos interesó indagar en las

representaciones sociales de *campesinos, indígenas, crianceros, paisanos, pobladores* que se presentan políticamente tensionadas, tanto por la racialización como por la relación con la tierra. El análisis intenta cruzar las representaciones externas y las internas. En un segundo capítulo nos ocupamos de las experiencias vinculadas al espacio: el campo y la casa como un lugar en el mundo, como un núcleo simbólico para articular relatos de historias de familias; la vivienda como espacio de tensión entre el proyecto civilizador y el contexto; los hitos geográficos simbólicos, representativos de instituciones, historias, pueblos, creencias. En un último capítulo, trabajamos la idea de tránsito que resulta un tópico común en relatos de habitantes –productores y comerciantes- y agentes estatales. Los ocupantes de campos produjeron genealogías espacializadas, en el proceso de asentarse en la meseta y al emigrar todos o algunos miembros de la familia; los agentes estatales construyeron relatos con tópicos comunes y repetitivos que constituyen modos argumentativos de la experiencia de tránsito, y los comerciantes experimentaron dos formas de tránsito: la de recorrer el terreno permanentemente y la de producir recambios por emigración de grupos completos y renovación de los mismos en los años 30 y en los años 70.

Hemos intentado presentar este proceso histórico de manera contrapuntual. La negociación, la resistencia y la apropiación de pautas “civilizadas” –es decir la expectativa del cambio- han constituido, alternativamente, diferentes expresiones construidas en sociedad, dinámicas y variadas. Enviar el niño a la escuela pero solo tres años, asistir al puesto sanitario pero consultar a su vez a la curandera, construir una casa de adobe pero con techo de cueros, bautizar en “católico” y asistir al camaruco, pedir la tierra –legitimando al Estado- pero no pagar la renta –el pastaje-, amparar a los bandidos –y llamarlos “bandidos”-, alfabetizar en forma privada y a la vez, ayudar a construir la escuela, construir un orden –un modo en que deben ser las cosas- entretejido con el orden que se venía a imponer, hablar en “paisano” pero llamar a los niños con nombres castizos, colaborar y asistir a las fiestas escolares pero retirar todos los niños en la época de esquila, mantener las pautas reproductivas que suponían futuros adultos trabajando en la tierra, participar en reuniones diferenciadas –las de la escuela, las de la señalada, las del camaruco- vestir a lo “paisano”, solicitar puestos en el Estado –

cocineras, porteras, choferes, policías-, sostener costumbres de la vida en común –la comida diaria alrededor del fogón, el dormitorio compartido por toda la familia, la asistencia de todos los vecinos a un nacimiento, el “cerco” de los cazadores, la caza con boleadoras para negociar bienes en el mercado, la crianza en común, el legado de la tierra a uno o dos hijos seleccionados, sean o no los mayores, el uso en común de pastos y aguadas mediante acuerdos- o, todo aquello que fue interpretado como una dificultad para comprender e implementar costumbres que tendieran a la individuación (un lugar en la mesa, un espacio íntimo y privado, un lote privatizado).

Y, considerando las estrategias de la propuesta civilizadora y la de sus destinatarios – resistencia, negociación y apropiación-, hemos trabajado la representación de paisano/a como parte de las estrategias discursivas, consideradas en una gran versatilidad, que admiten y contienen alteridades solapadas pero enunciadas. La denominación paisano/a, considerada según el enunciador, el contexto de enunciación y el sujeto de referencia, ha mostrado una capacidad de otrificar como de integrar, de inferiorizar como de referir un colectivo, de enmascarar la racialización y de proveer a las identidades – “hablar/cantar en paisano”-, de mencionar y sostener lo innombrable –“indio”- de construir una historia familiar y colectiva en la que lo indígena no es componente exclusivo pero está presente. Paisano/a desde una perspectiva, es la constancia evidente de que *todavía no* se han logrado las transformaciones que aquel proyecto civilizador pretendió alcanzar y, a la vez, es una representación que, si bien vela lo indígena, sostiene –suspendida- una forma de demandar desde una pertenencia étnica, sumamente explícita cuando se dice indígena, que *todavía no* ha sido renunciada pero que no da indicios de ser amenazante o confrontativa cuando se presenta paisana. Desde un lado y de otro, un estereotipo estabilizador a la vez que demandante en potencia, una figura tan indeterminada como contingente.

Estas representaciones, poblador y paisano, desplazan la categoría de campesino. En ese sentido es válido considerar críticamente a los estudios que buscan rastros del “tipo anterior” que tiene como consecuencia la idea de “pérdida”, de “persistencia”, de rastros del pasado en el presente llamadas “hibridez” o “mestizaje”, sin considerar los procesos

de negociación o de resignificación. Por ejemplo, aquellos que, sin tierras, *todavía no* han renunciado a su pertenencia o han construido estratégicas formas de reconfiguración, de re-etnización en otros medios. Y esto tiene sus explicaciones en el proceso histórico que a todos nos abarca, en tanto pensar en persistencias, como un estadio de *todavía no*, produce, discriminadamente, privaciones de historia.

Nuestra intención ha sido leer intensamente las prácticas (incluidas las discursivas) esforzándonos por flexibilizar y diversificar las formas de escuchar y de mirar, las formas de decir que existen en los individuos, los grupos y los colectivos sociales, velados tanto por las representaciones como por las auto representaciones, de tanta negociación y tan estratégicas como los discursos naturalizados que siempre están del lado de la dominación.